





RÍO DE ALMAS
ÁLTIER



Tania Almeida

RÍO DE ALMAS
ÁLTIERIS



Primera edición: febrero de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tania Almeida

ISBN: 978-84-17784-26-3

ISBN digital: 978-84-17784-27-0

Depósito legal: M-4584-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





«Busqué pedazos de ti en otros porque pensé que no te encontraría.
Siempre fuiste una esperanza mal dibujada en mi mente, una silueta brillante y lejana que supo mantener el calor en mi corazón.
Hoy estás aquí, frente a mí, y mis ojos te reconocen aunque no te hayan visto.
Mi alma despierta de su letárgico sueño... te toca, te siente, saborea tu humanidad y sabe que jamás podrá volver a vivir sin tu presencia.

¿Es que no te das cuenta que por ti nazco, que por ti muero, florezco y marchito?

Dime, amor, ¿qué más quieres de mí?

¿Mi vida?

Es tuya».

Sofía, días después del desmayo.



1

Amnesia

Inspiro con profundo desespero, el aire entra con brusquedad en mis pulmones. El mundo gira a mi alrededor, trato de pararlo al presionar mi cabeza con las manos, al cerrar los párpados con fuerza, al soltar un gruñido; es que me da la impresión de que podría explotar en cualquier momento. Al intentar incorporarme apoyo el codo derecho, giro un tanto el cuerpo, con la mano izquierda vuelvo a apretarme la cabeza y a continuación también la apoyo en el colchón, me tambaleo por absurdos segundos porque no logro superar la indisposición que me invade, entonces me derrumbo en la cama. ¿Mi cama? Abro apenas un ojo y compruebo que así es. Suspiro, y no sé si lo hago de alivio o frustración. Una mano conocida alisa con ternura mis cabellos, sus ojos cálidos me miran con cariño infinito, me regala media sonrisa y se acerca un poco más. Su perfume hace que la desesperación del momento dé lugar a la calma derivada del saberse acompañada por el ser querido.

Solo Lucas es capaz de devolverme la tranquilidad, por lo que mi corazón acelerado retoma poco a poco su ritmo habitual y la paz se instala en mí.

—¿Sofía? —mamá me llama y percibo la inmensa cantidad de amor que carga su voz al pronunciar mi nombre.

De nuevo, con esfuerzo, despego mis cansinos ojos y observo el techo de mi dormitorio. Las luces que cuelgan me hacen daño, por instinto aprieto con fuerza mis manos sobre los ojos y no sé

bien cómo luego los fijo en mi madre, que dicho sea de paso es a la única a quien veo con claridad, el resto de la habitación pareciera estar envuelta en densas tinieblas; pareciera ser un canal de televisión con un cable de pésima calidad.

La horrenda impresión de haber despertado de una pesadilla me oprime el pecho. Por segunda vez apoyo el codo derecho, aunque esta vez no intento incorporarme y con los ojos entrecerrados investigo el dormitorio desde mi cama. Me decepciono al comprobar que Lucas no está, se fue; como es su costumbre desapareció, se esfumó tan rápido y tan eficazmente como las otras veces. Sin embargo, al mismo tiempo me doy cuenta de que descubrir que él ya no está a mi lado no va más acompañado por sus inseparables compañeros: el dolor y la culpa, sino por el constante deseo de que reaparezca, algo a lo que jamás renuncié desde su muerte. Desde que dejó de ser mi novio para convertirse en el fantasma de mi ex. Meneo la cabeza ante ese pensamiento. Lucas, mi compañero invisible.

Percibo que no solo yo me siento indispuesta, también mi entorno se siente extraño. La densidad del aire, el brillo opaco del día, todo está diferente esta mañana. Para comenzar, ¿qué hace mamá sentada en mi cama?

—Hola, buen día —logro saludar a mamá con voz monocorde, apenas audible.

Ella ladea la cabeza, es evidente que está confundida. De forma un tanto torpe y apresurada se levanta de la punta de mi cama en donde estuviera sentada con gesto sereno, para, con la preocupación instalada en el contraído semblante, tocarme la frente con el dorso de la mano, una vez, dos veces, tres. Me imagino que lo hace en busca de fiebre y por lo visto no puede creer que yo no esté hirviendo. Bueno, no la culpo, tampoco me lo creo; me duele el cuerpo entero, desde el dedo gordo del pie hasta la coronilla.

—Cariño, son casi las diez de la noche —me informa mamá con tono suave aunque tembloroso, con esa mueca de boca torcida que revela preocupación y que se hace más evidente cuanto más quiere ocultarla.

—¿Qué? —pregunto muy confundida.

Imposible, pienso. Y la pose de mamá me asusta, me recuerda a... a..., ¡ay!, me duele demasiado la cabeza para conseguir recordarlo, para conseguir relacionar este momento con... con...

Solo ahí advierto que papá, escoltado por el señor Soto —un amigo médico de la familia— se encuentra aquí. Ambos me observan de manera reservada desde el fondo del dormitorio.

Mil historias pesimistas, ninguna de ellas con final feliz se me cruzan por la mente. Algunas se relacionan con Giselle o con familiares, otras con amigos e incluso con Mara, la sufrida mamá de Lucas. Y de un solo golpe, casi fulminante, un recuerdo en forma de luz esplendorosa se adhiere a mi alma y trata de estrangularla. El dolor es inmenso ahora que sé qué me recordaba mamá sentada en el borde de mi cama mientras yo despertaba. Me quedo sin aire mientras mi interior me grita: ¡al anuncio de la muerte de Lucas!

Abro mucho los ojos al observarla pero no me atrevo a dirigirla la palabra debido al profundo miedo al qué me dirá. Me dirijo entonces a mi padre.

—¡Papá! ¡Qué pasa! —le grito inquieta, con una voz inesperadamente aguda.

Imágenes, muchas imágenes cruzan raudas por mi cabeza. Giselle en una cama de hospital, Mara que ha decidido... ¡No!

Mis padres y el señor Soto no pueden ocultar la sorpresa ante mi reacción y me miran muy alarmados. Al final es este último el que contesta. Papá se sostiene del respaldo de una silla, mamá se aleja con las manos sobre el rostro.

—Pensamos que nos podías ayudar tú a entender qué pasó —dice y se acerca a mí.

Niego, se me escapa una risita nerviosa ante tan confusa situación. Ahora sí apoyo ambos codos y con sumo esfuerzo me recuesto en la cabecera de la cama, debido a tal atrevimiento de mi parte siento una punzada de dolor que por poco me agujerea la cabeza. La tensión es enorme. El miedo al qué me dirán es inmenso.

—¿Estás bien? —pregunta el doctor al ver mi mueca de dolor.

Me toma la mano y sujeta la muñeca para tantear el pulso. La libero bajo la mirada sorprendida de papá y mamá.

—Ya suélteme, por favor. Estoy con dolor de cabeza, no es tan extraño. ¿O sí? —digo con una creciente irritación que escala decidida mis nervios. Enseguida agrego— ¿Alguien me puede explicar qué pasa? Despierto pensando que es de mañana y me encuentro que por el contrario, es de noche. Mamá me observa con una expresión de miedo que logra ponerme los pelos de punta y no solo eso, te distingo a ti, papá, en compañía del doctor Soto. En verdad no entiendo qué esperan de mí.

Ahora es mi padre el que se acerca, lo hace con pasos pausados y, al acomodar mis sábanas, dice:

—Lamento mucho nuestro comportamiento. Tienes razón, nos dejamos dominar por el miedo. Escucha, hija, te desmayaste en la calle. Princesa, despiertas después de bastante tiempo, por eso estábamos tan asustados —papá suspira y me acaricia la mejilla—. Por suerte Carlos pudo venir a verte y comprobó que tu pulso, tu presión, en fin, todo está bien y quiso quedarse con nosotros hasta que despertaras.

¿Qué? Estoy segura de que cada centímetro de mi rostro demuestra mi sorpresa.

—¿O sea que ningún ser querido murió o está en peligro? —pregunto, aunque al hacerlo me siento tonta.

—No, princesa, claro que no —me confirma papá con una sonrisa piadosa.

—Gracias a Dios —señalo y me aprieto la frente con una mano mientras cierro los ojos.

—Emma, ¿tienes algún medicamento para el dolor de cabeza? —quiere saber el doctor Soto.

—Por supuesto —afirma mi madre y se dirige al botiquín del baño.

Pero, ¿yo qué?

¿Yo, desmayada? Hago rebotar ese pensamiento dentro de mí. Es imposible.

Paseo la mirada de una expresión preocupada a otra. Aunque sé que no se trata de una broma busco distinguir al que primero lance una risotada y grite: ¡hey caíste! Lo único que sigo encontrando en ellos es preocupación. Al instante percibo la insistente puntada de dolor. Mamá aparece con un vaso con agua y unas píldoras que me extiende.

—Gracias —le digo—. ¿Por qué no lo recuerdo? ¿Si caí en la calle, cómo llegué aquí? —entre pregunta y pregunta me trago el medicamento.

—Un muchacho te trajo. Te vio tirada en el suelo, se dio cuenta de que perdiste el conocimiento y por suerte se le ocurrió buscar en el GPS la dirección de la casa. Fue así que llegaste. Y por supuesto, no sabemos por qué te has desmayado. Carlos nos hará el favor de apartar citas para estudios en su clínica —termina de contarme papá sin dejar de acariciar mi mejilla.

—Se lo agradezco mucho —le digo con timidez al doctor Soto, arrepentida de mi brusco comportamiento anterior.

—Nos sorprende y preocupa que no puedas recordar lo que pasó —es el turno de mamá de hablar y lo hace con voz apagada, consternada de emoción contenida.

—No sé qué decirles, no recuerdo ni tan solo un minuto de lo pasado. Me es tan difícil... ¿Dónde estaba cuando me desmayé? —pregunto muy abatida.

Intento ponerme de pie pero me doy cuenta de que me mareo. Con el mayor disimulo posible vuelvo a apoyarme en la cabecera.

—En el Centro de Convenciones Ítalo-americano, cariño —responde mamá.

—¿Me desmayé en la calle frente a ese Centro? —pregunto todavía más confundida.

—Sí —me confirma.

—¿Qué hacía allí? —pienso que nunca antes había pisado ese lugar.

—Jennifer te pidió que cubras una fiesta de compromiso porque ella debía ir a otro evento, algo en una embajada, si no me equivoco.

—¿Pude tomar fotos antes de desmayarme? —lo pregunto con voz asfijada, en verdad me preocupa haberle fallado.

—No, hija —confirma mamá apenada. Es que sabe cuánto valor tiene para mí el compromiso asumido.

Bajo la mirada a mis dedos entrelazados. Con el deseo de apaciguar mi estado de culpabilidad, mamá se apresura a decir:

—Jennifer llamó, preguntó cómo te encontrabas y contó que la novia se puso en comunicación con ella para tranquilizarla. Le dijo que entiende, que son cosas que pasan y que por suerte pudo conseguir alguien más, creo que se trataba del amigo de un amigo. Gracias a Dios esa chica es una buena persona. ¿No te parece? — quiere saber mamá bastante ansiosa.

—Sí, claro que sí —afirmo afectada por no haber podido completar, ¡qué completar, ni comenzar el trabajo!

Papá me pellizca de manera juguetona la mejilla, luego se aleja con mamá y el señor Soto. Los veo acercarse a la ventana. Afuera el cielo está oscuro. Mis padres me dan la espalda y los escucho susurrar sobre posibles (urgentes) fechas para realizar los estudios que sean necesarios. Me deslizo hasta la almohada, respiro profundo y cierro los ojos mientras trato de entender, de digerir lo que me contaron. Me parece increíble que no pueda recordar nada, incluso lo que sucedió antes, como por ejemplo que hablé con Jennifer y que quedamos en que cubriría una fiesta de compromiso. Tampoco sé qué provocó que perdiera el conocimiento. ¡No estoy segura de qué llevaba puesto! ¿Un pantalón de vestir tal vez? ¿Mi blusa preferida? ¿Será que me desmayé apenas bajar del auto? No creo que manejara indispueta. No sé. Y...

—Mamá —la llamo, interrumpo así la tan hermética charla—. ¿Quién me ha traído a casa?

Lo piensa con las manos en la cintura y los ojos dirigidos al techo, como si la respuesta se encontrara flotando en el aire. Aprieta los labios, se golpea la frente con dos dedos, al fin niega. No recuerda.

—Lo tengo en la punta de la lengua, pero se me escapa el nombre, suerte dejó una tarjeta con sus datos. Es un muchacho muy

educado y muy apuesto. Ojos verdes, alto, atlético, subió las escaleras contigo en brazos, fue él el que te trajo al dormitorio. Dice que se conocieron en Río de Janeiro —me cuenta con la esperanza de que retorne mi memoria.

Como percibo en mamá un gesto tenso, es decir, aún más tenso que todos los demás de los que hizo gala la noche entera, hago un gran esfuerzo por recordar. Mi concentración es inmensa al pensar en Río, repaso una a una las personas que conocí esos días —que para ser sincera no fueron muchas—, repaso una a una las situaciones vividas y momentos pasados, también hago un recuento de los lugares que visitamos. No, ningún muchacho apuesto, atlético, por lo visto muy fuerte y de ojos verdes aparece en aquellas imágenes. Y muy a mi pesar sé que le demuestro la enorme preocupación que cargo dentro. Me siento mal por mamá y por mí.

—Lo siento, no lo recuerdo —confieso triste.

—No importa, Sofi, tiempo al tiempo —me recomienda ella. Sin embargo, palmea distraída mi antebrazo, como si le costara mirarme a los ojos.

Lo siento, me disculpo una vez más, pero sin despegar los labios, nada más lo hago dentro de mi corazón.

Mi madre camina hasta el tocador con los brazos colgando a los costados en un gesto inconfundible de derrota, sé que no lo hace adrede, con todo, me hace sentir miserable. Abre la caja en la que guardo mis anillos, pulseras y collares. Mete la mano y estira algo. Acercándose en tanto observa una tarjeta que me entrega —imagino con el nombre y número de mi salvador— se arregla el collar. Cargada de sentimientos negativos que raudos ganan fuerza, la sostengo entre dos dedos y ese estúpido acto hace que mis ojos se llenen de lágrimas que decido no saldrán frente a mis padres. Por eso en vez de leerla la deposito en la mesita de noche y despliego el cobertor por encima de mi cabeza, sin duda algo muy infantil.

—¡Sofi! —llama mamá chocada ante mi reacción. La siento dudar, no insiste—. Descansa —señala al fin.

Distingo varios pasos que se alejan. Mi respiración es rápida y superficial. Escucho el sonido de la puerta al cerrarse, agudizo el oído de forma a comprobar que estoy sola y luego de largos segundos me destapo. El dolor de cabeza y las lágrimas que no logré contener me nublan la vista, tengo náuseas y no quiero decirlo porque estoy segura de que llamarán una ambulancia, o me tirarán en el asiento trasero del auto y tendré que pasar la noche en el hospital. Así que gracias, pero no.

Descansa, Sofía, me recomiendo.

Sí, con certeza mi memoria regresará cuando despierte, me doy ánimos.

Cierro los ojos, giro a un lado. No. No, no, mejor al otro lado. Acomodo la almohada, le doy unos golpecitos y pongo otra almohada. No. Resoplo. Pongo una tercera almohada.

No consigo quedarme dormida. En lo único que pienso es en lo extraño de no poder recordar dónde, con quién y por qué hice lo que hice hace unas horas; difícil no saber qué significó ese desmayo. Estos días me sentí muy bien, hasta podría decir que tuve días felices y cargados de risas y buenos momentos; no hubo signos que indicaran que pasaría, que me desmayaría y para peor sola y lejos de casa. Tuve suerte de toparme con ese muchacho que según dice lo conocí en Río. Pensándolo mejor, demasiada. ¿Será que también olvidé que nos encontraríamos? Si era así, ¿por qué no se lo dijo a mis padres? No creo que fuéramos a reunirnos a escondidas. ¿O sí? No, pero todo indica que somos amigos, o por lo menos conocidos. La verdad es que hasta mis vacaciones y las personas dentro de estas se me presentan en forma de borrosas instantáneas. Más que nada recuerdo a Giselle —a la que pienso llamar mañana—, la ida al Corcovado, al Pan de Azúcar y... Más que nada eso.

Oh, sí, también recuerdo una voz masculina que pronuncia de manera melodiosa mi nombre. ¡No! No logro retener ese recuerdo que acaricia a mi corazón.

Con cuidado me incorporo, quedo inmóvil por varios segundos al querer que mi cabeza deje de girar. Me seco las lágrimas y cojo la

tarjeta, la doy vuelta una y otra vez sin fijarme en nada más que en que el papel es suave, de lino y de color gris perla. Al percibir que mi estado en general está mejor, me levanto, voy hasta la ventana y la abro. La brisa insolente entra sin invitación; la aspiro. Afuera la paz que reina me reconforta y por eso levanto la mano en la que sostengo la tarjeta. Bastante recelosa me fijo en el nombre escrito con letras un tanto cuadradas y plateadas, como imaginé no me da ninguna pista. Cabizbaja apoyo las manos en el alféizar de la ventana, observo sin prisa la noche que está plagada de estrellas, aunque también manchada por escasas nubes grises y vaporosas. Bajo la mirada hacia las casas y me concentro en una luz distante. La miro sin parpadear por bastante tiempo hasta que una mancha negra aparece en mi visión.

—¡Sí! ¡Parece el efecto del *flash* de la cámara fotográfica! —me dijo algo eufórica.

Si conozco a este chico con seguridad estará en alguna foto, recapacito.

Corro hasta mi escritorio, abro los cajones y los revuelvo uno a uno. Nada. Me arrodillo, levanto el cobertor y me fijo debajo de la cama, no encuentro la cámara.

Piensa, Sofí, piensa, me animo.

Voy hasta la mochila que está sobre el puf, la abro, sin ningún cuidado saco lo que está dentro. Tampoco. Abro el armario donde guardo todo lo referente a la fotografía, pero nada. Por más que revuelvo el dormitorio entero, no logro encontrar la cámara. Ruego en mi interior que no se haya perdido, es nueva, papá me la regaló hace poco.

—¡Es cierto! —susurro alegre—. Descargué las fotos ayer antes de salir a, ¿dónde dijo mamá?, a la fiesta de compromiso.

Qué extraño, me digo, sí recuerdo el evento de la cámara. Es decir, recuerdo que es nueva y que descargué su contenido, pero no lo demás. Me exaspera el no hallar salida a este misterio. Por eso frente al computador ingreso a mis archivos. Sin embargo, tampoco están allí. ¿Cómo puede ser?

¡El celular! ¡Tomé fotos con el celular! Digo, no es que lo sepa, sino que es lo que pienso hice.

¿En serio? El teléfono está sin batería. Lo lanzo a la cama sin siquiera pensar en cargarlo.

—¡Esto es mucho, me rindo! —protesto y percibo como el dolor de cabeza gana una vez más terreno.

Decidida a dejar atrás este día y darle a mi cuerpo el descanso que necesita, pretendo ir primero al baño y luego a la cama, nada más que escucho mi nombre en forma de dulce canto femenino.

Sofía.

Risas. De nuevo mi nombre. Me doy cuenta de que la voz que me llama está afligida.

No, no puede estar afligida porque también ríe.

No provienen de la misma persona, me digo al volver a escuchar la risa que esta vez rebota en las paredes de mi dormitorio dando la impresión de que es omnipresente, giro sobre mí misma como un trompo al buscar en vano su origen.

Más risas. Intento acercarme al interruptor de la luz, no lo encuentro. Pareciera que estoy perdida dentro de mi propio dormitorio. Jamás me pasó nada igual, siempre fui capaz de manejarme aquí adentro sin luz, incluso con cosas esparcidas por el suelo, hasta bastante mareada luego de alguna fiesta. Hoy me siento una completa extraña.

Tropiezo y caigo de rodillas. La risa aumenta tanto en intensidad que necesito cubrirme los oídos.

—Debe tratarse de una broma —digo para tranquilizarme.

Fijo la mirada en la oscuridad de afuera, de la calle. ¿De dónde más puede proceder?

—¡No me asustas! —saco medio cuerpo por la ventana con los ojos entrecerrados al desear descubrir a la bromista.

Aunque un aire helado en la espalda me eriza la piel y levanta el cabello. Volteo y me pego a la pared, mi respiración es rápida y entrecortada, tengo los dedos agarrotados por la tensión. No veo a nadie aquí adentro, no obstante siento una presencia.

Alguien exhala cerca de mi cuello. Salto a causa del terror más profundo, me deslizo siempre pegada a la pared hasta que choco contra el escritorio.

—¿Lucas? —deseosa de que se trate de él pregunto bajito con voz trémula.

Al instante las palabras se borran de mi mente, soy incapaz de formularlas o crear una idea de ellas debido a mi miedo. Compruebo que al exhalar el aire que sale de mis pulmones está helado, tanto que lastima mi interior en su ascenso, tanto que al salir lo hace coloreado de blanco debido a la densidad que adquiere. Pero así como ese inesperado frío llega, se va, y el aire se hace pesado y me envuelve dentro de su agobiante consistencia.

No estires la mano, Sofía. No, si no lo quieres sentir, me recomiendo al pensar que esa es la distancia que nos separa a mí y a... a... lo que sea.

Sin previo aviso un par de furiosos ojos verdes cruzados por vetas amarillentas, con bordes más oscuros, se abren en la negrura del dormitorio a la altura de los míos. El odio brilla en ellos. Espantada corro hasta el interruptor, esta vez lo encuentro y enciendo la luz. Nada. Nada en absoluto. Con la respiración más superficial que nunca pienso que estoy loca. Me enjugo las mejillas que las tengo mojadas debido a las lágrimas que rodaron sin que sepa cuándo.

—El desmayo fue más severo de lo que todos creemos —declaro todavía sacudiéndome de terror.

Trato de recuperar el ritmo normal de mi cuerpo, recojo mi cabello en una cola de caballo. Me tapo la cara con las manos y las aprieto sobre mis ojos, cuando las dejo caer —temerosa de reencontrarme con esa escalofriante mirada— el espejo que cuelga de una de las paredes llama mi atención, no recuerdo que esté roto. Me acerco con más cautela de la que hubiera tenido en alguna otra situación y compruebo que no lo está, sino craquelado debido a las bajas temperaturas que lo envuelven. Lo sé porque también a mí me alcanzan ahora que estoy a pocos pasos.

Me armo de valor, aguanto la respiración, me ubico enfrente. Tiemblo. De mis labios escapa un grito de terror, no hay otra cosa que consiga hacer en mi defensa al ver mi imagen reflejada vestida con una falda larga, oscura y pesada. Una blusa blanca con cuello alto y volados al frente. Con el cabello recogido, ojos color almendra y labios que se mueven pidiéndome que calle.

Pero yo grito, grito y grito. Retrocedo mientras me aprieto la cabeza. Tropiezo, caigo, me apoyo en las manos y me hago daño. Giro y gateo para alejarme del espejo, con cada avance un dolor casi insoportable en la muñeca me produce profundas náuseas debido a su intensidad.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! —chillo ya con la garganta en llamas.

¡Imposible!

Estoy acostada en mi cama, con la frente empapada en sudor.

La puerta se abre con estrépito, distingo que mis padres la traspasan muy asustados, con el pánico reflejado en sus facciones contraídas.

—¡Sofía! —llama mamá y aprisiona mis hombros con fuerza como si intentara retenerme.

—¿Qué pasa? —pregunta papá alterado. Escudriña cada rincón del dormitorio y enseguida se dirige a la ventana abierta.

¡Abierta!

¿Si todo fue un sueño por qué está abierta? Bramo en mi interior de forma desgarradora.

Afuera la luna desapareció, las estrellas perdieron su esplendor, un auto pasa, un perro ladra.

—¡No sé! ¡Creo que vi a alguien aquí adentro! —aprisiono los antebrazos de mamá, por lo visto lo hago con mucha fuerza porque mi madre tuerce la boca—. ¡No sé! ¡Y el espejo! ¡Me reflejaba en él con otro peinado y otra ropa! —digo descontrolada sin apartar la mirada de la ventana donde una de sus hojas se mueve sobre su eje.

Mis padres no me responden. En cambio mamá asiente con disimulo en dirección a papá que sale del dormitorio.

Carlos, te habla Marco. Dime que los estudios son mañana escucho decir a papá, que habla rápido y autoritario, desde el pasillo.



2

Mi salvador se presenta

—Mamá, en serio, estoy bien. Lo de ayer fue raro, nada más —
contesto agobiada por su insistencia.

Es que hace varios minutos estoy sentada frente a la taza de
café, que sin duda está helado, intentando convencer a mamá de
no realizarme ninguna prueba médica. (¡Es que estoy bien!). Ella,
por su parte, no lo cree.

—¿Cómo alguien puede estar bien cuando no recuerda qué
pasó? —señala mamá con los brazos cruzados sobre el pecho—.
¿Alguna pista esta mañana? —continúa el interrogatorio.

Me tomo mi tiempo para responder, cojo de manera automá-
tica la taza. Mamá casi me deja sorda con el grito de ¡no te bebas
el café!

Oh Dios.

Por supuesto que he intentado ponerme en los zapatos de mis
padres y pensar que, si se hubiera tratado de mi hija, tal vez reac-
cionaría igual. Aunque solo tal vez. Creo que más que nada me
hubiera centrado en averiguar quién es el muchacho con el que
apareció inconsciente. Sin embargo, da la impresión que el corto
tiempo que compartieron los tres las *extremas circunstancias de mi
estado* creó lazos de absurda confianza de parte de mis padres hacia
ese extraño.

Ok, ok, no tengo hijos. No conozco ese inmenso y único amor
del que hablan. No sé cómo actuó o cuáles fueron las exactas pa-

labras de ese tal Bruno hacia mis padres y sí, lo ocurrido anoche en mi dormitorio fue muy extraño. Es evidente que mis gritos no ayudaron a tranquilizar a mis padres.

Deseosa de acabar de una vez por todas con este teatro, y, ya no tan hastiada del insistente pedido de mi madre, le confieso que no.

—Son solo exámenes de sangre, Sofi. Más que nada para que tu papá y yo podamos dormir tranquilos —pide con expresión suplicante.

Me rasco la cabeza al anticipar mi derrota. Dejo de lado lo que he decidido, es un comportamiento caprichoso. Recuerdo mi imagen en el espejo y los ojos que se abrieron en la oscuridad, también la ventana abierta y el dolor de cabeza. Me levanto de la silla, engancho nuestros brazos y de manera juguetona le aconsejo:

—Entonces apurémonos que muero de hambre —señalo al tiempo que exhibo una sonrisa falsa. Sé que actúo más por miedo a lo ocurrido que por la preocupación que mueve a mis padres.

—Gracias, mi amor —casi susurra mamá aliviada.

—Y me debes un café —bromeo apuntándola con el índice. Otra vez finjo alegría al querer que esa emoción aborde mi cuerpo.

—Sí señorita —contesta mamá divertida.

Ahí vamos; ella, la elegante triunfadora. Yo, la que siempre da el brazo a torcer.

Cuando paso frente al espejo, uno que va desde el piso hasta más o menos quince centímetros más abajo que el cielo raso, mi reflejo me recuerda que voy con un pantalón de franela gris, una camiseta de Lestat el Vampiro, mis zapatos deportivos y una cola de caballo hecha sin ningún cuidado, signos evidentes de mi anterior decisión de no salir de casa. Nada más que por insignificantes segundos dudo si cambiarme de ropa. No vale la pena.

En la clínica no hace falta que pidamos indicaciones, el señor Soto nos espera en la recepción. Apenas lo reconozco con la bata blanca y el rostro gentil y a la vez profesional. Después de saludarnos, a mí con mucho detenimiento, hasta podría jurar que cuando me pasó la mano intentó tomarme el pulso, nos pide que pasemos a una sala de

atendimiento; esta es espaciosa y aséptica. Él se acomoda detrás de un sencillo escritorio con patas de metal y tapa de fórmica, mamá en una silla de madera con posabrazos y yo en una camilla cubierta con un protector de tela blanca. Las preguntas de rutina aparecen una tras otra sin encontrar respuestas que ameriten algún sobresalto.

—¿Cómo amaneciste, Sofía? —interroga el doctor Soto, esta vez a mi lado mientras me examina con el estetoscopio.

—Muy bien —le contesto cuando siento el frío metal en la espalda.

—¿Y el dolor de cabeza? —siguen las preguntas.

—Sin dolores esta mañana —le aseguro.

Observo divertida a mamá como recordándole que ya le había dicho que todo estaba bien, ella me saca la lengua.

—Bien. ¿Algún otro síntoma tal vez? —intenta saber el doctor—. Respira profundo —pide.

—No —contesto. A continuación inhalo y exhalo.

—¿Qué me dices de las alucinaciones?

¿Alucinaciones? Me sorprende tal cuestionamiento. El doctor baja el estetoscopio.

—¡Oh, por supuesto! —enseguida recuerdo a papá llamándolo anoche luego de que despertara a los gritos—. Nada más fue una tonta pesadilla —informo convencida de que es lo que ocurrió y le resto importancia.

—Está bien —asegura y levanta el auricular de un teléfono que cuenta con muchos botones anaranjados—. Hoy haremos los exámenes de sangre y mañana el electro —señala y habla en un lenguaje técnico con alguien al otro lado de la línea.

—Pensé que este examen sería el único —miro a mamá de forma severa—. Mejor dicho, me dejaron pensar que así sería.

Mamá abre la boca, de seguro con la intención de defenderse. El doctor Soto se le adelanta y dice divertido:

—Es solo para no dejar nada al azar. Con el examen de sangre y el electroencefalograma tendremos una guía completa y podremos tomar decisiones que sean benéficas para ti.

Cierro los ojos, aprieto los labios y asiento. Entiendo que es lo mejor.

En ese momento la puerta se abre y una enfermera nos da los buenos días.

—Gracias, yo me encargo —le informa el médico. Ella le pasa un par de guantes blancos y la bandeja—. Espero que no tengas problemas con las agujas —bromea luego.

—No —confirmo, aunque extendiendo el brazo y cierro los ojos.

Siento el pinchazo, aprieto los labios una vez más y desvío la mirada. Mamá está a mi lado, como cuando era pequeña.

A la enfermera se le escapa un agudo sonido de sorpresa y el doctor se detiene en medio de la extracción. Asustada voltea a ver qué pasa, de manera instintiva pretendo retirar el brazo aunque no me lo permite.

—¿Qué sucede, Carlos? —escucho a mamá con un marcado tono de preocupación.

—Su sangre es muy clara —dice el doctor sin dejar de observar aquel líquido rojo vivo que me cuesta creer extrajeron de mi vena. En verdad es muy clara.

—¿Y eso qué significa? —insiste ella.

—Puede tener cierto significado o no —aclaro mi médico al tiempo que reanuda la extracción ya con otro tubito en la mano—. Lo mejor es esperar los resultados...

—¿Que están cuándo? —lo interrumpe ansiosa.

Yo no abro la boca, nada más dejo vagar a mis aterrados ojos del rostro de mi madre al del amigo de mi padre. Él la mira con cariño, seguro poniéndose en su lugar.

—Mañana mismo, Emma —anuncia. Retira la aguja y presiona mi brazo con un algodón—. Manténlo firme —me recomienda y cede el control del algodoncito—. Nos vemos mañana a la misma hora si les parece bien. Por hoy terminamos —añade.

Mamá contesta que sí. Yo bajo de la camilla, nos despedimos (aunque toda la atención del doctor ya se encuentra centrada en mi sangre y por eso habla con la enfermera) y salimos de la clínica.

—¿Crees que tenga, no sé, algo extraño? —pregunto a mamá de camino al auto.

—Para nada. Perdón, mi amor, es mi culpa que pienses así. Sé que me extralimité en el consultorio. Aunque ya ves, no hay razón para que nos preocupemos —dice ella y me acaricia.

—No, tranquila, no te culpo. También a mí me sobresaltó ver que mi sangre es tan clara —la animo.

El celular vibra en mi bolsillo. Recibo un mensaje.

—No te importaría dejarme en el café cerca de casa, ¿verdad? Es Giselle —digo mostrándole el teléfono donde mi amiga pide que nos veamos con urgencia cuando utiliza cinco signos de admiración, tanto al inicio como al final de la frase.

—Claro que no —afirma mamá y ríe.

Al tiempo que me ajusto el cinturón de seguridad la veo introducir la llave en el contacto, sin embargo deja caer el brazo y luego me lanza una mirada cargada de arrepentimiento, para enseguida confesar que Mara llamó esta mañana cuando me vestía. Quería saber cómo estaba; se enteró del desmayo. Quería hablar conmigo. Le dijo que dormía.

¿Mamá mintiéndole a Mara? ¿Por qué?

—No entiendo —le digo, y al querer llegar a una conclusión que le dé sentido a lo que sucedió, busco alguna respuesta en su cuerpo contraído.

—Ayer cuando salimos de tu habitación Carlos nos advirtió que era muy probable que el desvanecimiento que sufriste se debiera a un pico de estrés. Que pudo significar demasiado para ti ir a una fiesta de compromiso al haber perdido a Lucas. ¿Cómo podía pasarte a Mara? Además, despertaste gritando. Fue muy duro para tu padre y para mí ver el miedo con el que nos mirabas; temblabas —termina de decir con una expresión de: *entiéndeme por favor*.

Recapacito sobre las palabras de mamá. No es una teoría loca. Anoche cuando sentí a Lucas me pareció que algo cambió en mi manera tan dura y horrible de enfrentar su muerte. Solo que, ¿cómo confiar en mis sentimientos respecto a él? Tengo que re-

conocer que el rápido diagnóstico del doctor Soto tiene fuertes fundamentos. No obstante, sé que la pesadilla no tuvo que ver con Lucas; fue algo muy diferente y nuevo para mí.

—Está bien, mamá. Te entiendo —digo, ella respira aliviada y salimos del estacionamiento de la clínica.

Mamá me cuenta que este año es el año de su jubilación. Que decidió darse unas eternas vacaciones porque ha dedicado a la agencia de viajes en la que trabaja desde antes de mi nacimiento, demasiados años y canas. Me dice que piensa ir en julio a Paraguay, que tiene muchas ganas de visitar a los parientes y que quiere que la acompañe. Giselle hace señas desde una mesa en la calzada del café cuando ve nuestro coche entrar al centro comercial.

—Me encantaría acompañarte —le respondo a mamá y agrego—, el día está hermoso, muy cálido; tal vez deberíamos habernos encontrado con Giselle en una heladería —a través del vidrio saludo a mi mejor amiga, a la que conozco y quiero desde muy pequeña y con la que hace poco visité Río de Janeiro.

Mamá estaciona frente a la cafetería, al bajar abrazo fuerte a Giselle y recuerdo que no la veo desde antes de mi nueva aventura del desmayo.

—Hola, Emma —saluda Giselle a mi madre al apoyarse en la ventanilla semiabierta.

—Hola, linda —responde ella—. ¿Cómo estás? ¿Cómo va el trabajo?

—Bien. Los niños son muy divertidos. Es gratificante ver cómo aprenden cada día y también darme cuenta de cuánto aprendo yo de ellos —declara cortés Giselle que trabaja en una guardería al tiempo que termina sus estudios parvularios.

—Seguro que sí. Aunque me imagino es agotador —agrega mamá.

—Pues sí —reconoce Giselle—, pero vale el esfuerzo —afirma.

Las oigo conversar y recuerdo que antes de que todo pasara, es decir, antes de que Lucas muriera, Giselle y yo íbamos juntas a la

universidad. Teníamos unas pocas materias en común mientras yo cursaba la carrera de sicología.

—¿Necesitan que las recoja más tarde? —mamá pasea la mirada entre Giselle y yo.

—Caminaremos —le informo alejándome así de aquellos días de universitaria. Mi madre se despide y se marcha.

Con mi amiga ordenamos lo de siempre, *lattes* de soya y sándwiches calientes de queso.

—¿Sigue todo bien entre tus padres? —pregunta Giselle, refiriéndose a la temporal separación de ambos debido a una infidelidad de papá.

—Sí... —pretendo responder, pero Giselle me interrumpe.

—¿Qué pasó? Me contaron que te desmayaste —interroga apenas se aleja la camarera. Lo hace sin preámbulos, de forma exagerada, dando a entender que desmayarse es tan extraño como tener tres ojos.

—¿Cómo te has enterado tan rápido? —le inquiero divertida y admirada. Pensaba darle yo la noticia.

—Pueblo pequeño —señala—. También me enteré de que te rescató un príncipe —termina de decir Giselle.

La observo ya no más admirada, quizás asustada de la velocidad y precisión de los chismes. Ella, con su radiante sonrisa pícara, está ansiosa por corroborar la veracidad de la historia.

—¡Contesta! —me apremia y sacude levemente mis brazos apoyados en la mesa.

—Es que no sé qué responder. No lo vi. Me desmayé. ¿Te acuerdas que tú misma lo dijiste? —señalo.

Giselle hace un mohín y se recuesta en la silla.

—Sí —declara contrariada.

Bebo mi *latte* mientras entorno los ojos y me pierdo en reflexiones que me llevan a nuestro reciente viaje.

—¿Qué recuerdas de Río? —le sorprendo a mi amiga al preguntárselo.

—Acaso lo mismo que tú —dice y abre las manos—. ¿O has olvidado que no hacíamos nada una sin la otra? Que yo recuerde

fue el objetivo del viaje, estar juntas y superar la gran tristeza que te consumía debido a la muerte de Lucas.

—Ese es el problema, los recuerdos —confieso.

—¿No sabes quién es Lucas? —se sobresalta Giselle—. ¿Ni sabes qué pasó en las vacaciones? —pregunta incrédula.

—¡Claro que sé quién es Lucas! ¡Jamás lo olvidaría! Lo que no logro recordar son las vacaciones —le comunico asombrada de que pensara que he olvidado a mi gran amor.

Las dos apoyamos los codos y nos tomamos la cabeza, ofuscadas. A veces pienso que Giselle es mi hermana secreta.

—Qué te digo. Sol, arena y mar esos días. Nos quedamos en Leblon, un barrio hermoso y familiar. ¿Pocas salidas por las noches, mucho miedo de hacerlo? Fuimos a dos o tres, máximo cuatro barcitos cercanos y regresábamos siempre temprano. Visitamos el Cristo Redentor y el Pan de Azúcar. Estoy segura de que lo que más te gustó fue la visita al Corcovado. De ahí pasamos por un barrio antiguo que tenía casas de otra época; tú estabas encantada, yo no tanto, pero no dije nada. ¿Qué más? Ah, salías a trotar por las mañanas. Y, bueno, compras, compras y más compras. Chicos guapísimos con poca ropa —ríe de su propio comentario.

—Espera, esa parte me interesa —le informo y casi salto sobre ella.

—¡Qué bien! Pensé que jamás volvería a escucharte decir algo así —se alegra Giselle—. Eso significa que estás superando la muerte de Lucas y la loca idea de que fuiste la culpable.

—¿En serio, Giselle? —le digo sin sonreír. Es que no me refiero a eso.

—Claro que lo digo en serio —confiesa confundida antes de que pueda explicárselo.

—Escúchame. Necesito saber si salí, enamoré, fasciné o solo me divertí con alguien. Desde que desperté esta mañana tengo una horrible sensación de vacío, de pérdida, un hueco profundo en el corazón. Eres la primera persona a quien menciono este sentimiento —Giselle me asegura que no, incluso antes de que termine de expresar mi duda.

—Lo recordaría —dice y pone su mano sobre la mía en un gesto solidario.

—Se me ocurrió que tal vez se trate del chico que me ayudó ayer, dice que lo conozco de Río —sigo explicándoselo al no aceptar las palabras de Giselle porque esta seguridad que me invade es intensa—. Incluso pensé que no fue casualidad que esté en la fiesta de compromiso a la que fui a trabajar, que más bien nos encontraríamos allí. Mamá dice que se trata de un muchacho alto, unos pocos años mayor que nosotras, de ojos verdes, muy buen estado físico. ¿Sabes que me cargó por las escaleras hasta mi dormitorio?

—¡No lo sabía! —se asombra Giselle—. Ojos verdes, alto —mi amiga hace memoria—. No se me ocurre ningún muchacho que encaje en la descripción de Emma —señala al fin.

—Tampoco a mí. ¿Y sabes qué más? Cuando pienso en ello, cuando intento rememorar no las características físicas dichas por mi madre sino el sentimiento, el vacío no desaparece. ¡Ay! ¡Giselle! ¡Me lastimas! —le digo al considerar que aprieta con demasiada fuerza mi mano, solo que su rostro está congelado en una sonrisa forzada y la mirada fija en algo a mi espalda.

—Así que sientes un vacío —declara una voz masculina.

No puedo reaccionar, estoy congelada en mi asiento.

«¡Por qué tuvo que escuchar esa confesión!», pienso. Es decir, no lo vi, no recuerdo su voz, aunque sé que es él.

—Giselle —se presenta mi amiga— y claro, Sofía —dice, adivino que desea ayudarme de alguna manera a pasar el mal rato.

Giro.

—Hola —lo saludo al fin con un hilo de voz.

Él sonríe. Una hermosa sonrisa.

—¿Puedo acompañarlas? —pregunta, cierra la mano en la silla de la mesa contigua, en la que dos muchachas lo observan sin pestañear—. ¿Puedo? —dice dirigiéndose a ellas que, sin conseguir hacer algo más, mueven la cabeza de arriba abajo.

¡Mamá tiene razón! Es un chico muy apuesto de ojos verdes, espalda ancha, alto. Encantador. Su sonrisa irradia luz. Sin poder

evitarlo lo observo de pies a cabeza; al darme cuenta de que está vestido muy elegante, con *jeans* negros y una camiseta amarilla gastada que resalta su piel bronceada, me encojo en mi lugar al recordar que voy con pantalones de franela. Por pura vergüenza me suelto el cabello y meto los dedos a los costados de la cabeza al tratar de acomodarlos. Lo hago de forma demasiado efusiva y es indiscutible que he quedado en evidencia cuando distingo a Giselle que me estudia con los ojos como platos.

—Entonces, ¿mejor? —cuestiona con sutileza y me alisa un mechón de cabello que, por lo visto, quedó parado.

—¿Qué? —pregunto un tanto desubicada, pero gratamente sorprendida ante su gesto.

—El desmayo —aclara divertido.

—¡Oh, por supuesto! ¿Qué más? —me apresuro a añadir para no quedar tan, tan estúpida frente a él. Pero los nervios me juegan otra mala pasada y apunto— bien, gracias. Es decir, en verdad perdí la memoria —veo que parpadea asombrado—, no toda por suerte —explico de prisa—, solo algunos momentos o personas dentro de mis últimos meses. Lo siento, no te recuerdo —me disculpo apenada y con la voz ronca.

Giselle me lanza una patada bajo la mesa que no solo da en el blanco, también arrastra la pierna de mi salvador en el camino. Los dos gemimos de dolor. Ahora Giselle tiene la cara colorada por su torpeza, creo que hasta los ojos llenos de lágrimas que se pasean de mi boca torcida a las cejas levantadas de Bruno.

—¡Perdón! —se disculpa al no hallar otra salida a la embarazosa situación—. No fue mi intención lastimarlos —se interrumpe, toma aire y prosigue— Sofía puede ser demasiado directa a veces. Es verdad, no recuerda algunos momentos y personas. No obstante, supo quién eras antes de que se lo digas. Quiero decir que no le hace falta la vista para recordarte, yo diría que te guarda en el corazón.

Estoy dura, entiendo que quiera arreglar la situación, aunque sin duda se le ha escapado de las manos. ¡Cómo puede afirmar que

es mi corazón el que lo reconoce luego de que le confesara que siento un vacío! Observo a Giselle que tiene el rostro teñido de rojo, mueve los labios sin emitir sonido, entiendo que quiere que la perdone. Observo a... a... no recuerdo el nombre. Observo a como se llame; está feliz, tanto que ríe y extiende su mano hacia mí. Le correspondo. La enlaza con su otra mano y aproxima a sus labios.

—Bruno Rutelli —se presenta, como si me hubiera leído el pensamiento.

Una imagen fugaz muy parecida a este instante surge de forma difusa dentro de mí.

—Tengo la sensación de haber vivido una experiencia muy similar. Digo, como si este momento se estuviera repitiendo —confieso. Además, percibo que esta revelación no viene acompañada de felicidad ni mucho menos, más bien de bastante recelo.

—Se llama *déjà vu* —aclara Giselle—. Discúlpame —señala una vez más al ver mi mueca de fastidio.

Bruno ríe de forma sonora, sin duda divertido con nuestra torpeza.

—Me presenté en Río de la misma forma. Cogí tu mano entre las mías y la besé —reconoce con voz melosa. Lo hace sin soltarme.

—Ciertamente no estábamos juntas... —interrumpe Giselle entre extrañada y enojada.

—Eso lo explica todo —declaro casi sin aire ante tan sensual confesión.

De la forma más discreta que puedo estiro la mano que sostiene, escondiéndola con la otra bajo la mesa. Quisiera decirle que no es nada personal, pero que no es fácil haber olvidado cómo me sentí al conocerlo. Qué me dijo, qué le dije. Quién sabe si nos besamos, o, ¡peor!

¡Ya! ¡Basta! ¡No hay nada que pueda hacer!

A Bruno no le pasa desapercibida mi súbita reacción y se aleja, lo que hace que me sienta aún peor.

—Y, entonces... ¿Me encontraste tirada en el suelo? —pretendo seguir conversando.

—Sí —reconoce Bruno.

—Y me ayudaste porque nos conocemos de Río. ¿Es así?

—Sí.

—Luego me llevaste a casa.

—Y luego les conté lo acontecido a tus padres que llamaron a un médico amigo.

—Sí, el doctor Soto.

—Nos tenías preocupados.

—Lo sé y lo siento. Cuando me encontraste...

—Ya te habías desmayado, no sé qué pasó. Siento mucho no ser de más ayuda. Se me ocurrió buscar en el GPS la dirección de tu casa. No soy de la ciudad, no conozco ningún centro de salud.

—O sea que no sabías dónde vivo —digo más que nada para mí—. ¿Quedamos tal vez...?

—Pasé por tu casa —me interrumpe—. Quería saber cómo seguías. Tu mamá me dijo que estabas aquí con Giselle —señala algo desubicado, tal vez por el interrogatorio en el que se ha convertido nuestra conversación.

Es mi culpa. Desde la muerte de Lucas desarrollé una asombrosa y nada envidiable capacidad de apartar a la gente que se preocupa por mí.

—Discúlpame, Bruno. Eres muy atento. Gracias por llevarme a casa ayer y también por preocuparte hoy —apoyo mi mano sobre la suya donde la debería haber dejado. Él las mira unidas y se lo ve satisfecho—. Nada más que no es fácil no recordar qué sucedió, menos aún el porqué.

—No me lo agradezcas, te entiendo —exclama tímido, y sin nada que yo pueda hacer para evitarlo, nuestras miradas quedan enganchadas y una sonrisa de labios estirados se dibuja en mi cara.

—¡Qué tarde! —chilla Giselle y se pone de pie—. Debo partir, las clases en la guardería comienzan en media hora —anuncia ya parada y colgándose el bolso al hombro.

—Vamos —digo, la imito y pido la cuenta.

—No hace falta que me acompañes, conozco el camino —señala mi amiga.

—Tengo cosas que hacer —declaro mientras la taladro con la mirada.

Aparece la mesera y escucho a Bruno:

—Permíteme, yo invito —lo observo apoderarse del recibo, también él está de pie.

—No es nada —trato de protestar y estiro la mano para coger la cuenta.

—Con más razón —insiste él y la levanta por encima de la cabeza.

—Gracias —responde Giselle divertida.

—Gracias —digo también yo con una gran sonrisa.

Bruno se ofrece a llevarnos. Trato de contestar, sin embargo, Giselle lo hace antes y acepta por las dos. Caminamos hasta un Dodge Challenger negro con detalles rojos. Él abre mi puerta y me sonrío seductor. Luego abre la de Giselle, ahora es mi amiga la que sonrío provocativa. Suprimo, no sé cómo, una carcajada.

El viaje es corto. Es lo que traté de decir, que mi casa queda muy cerca del café, por eso es poco lo que decimos de camino. Más que nada yo hago alusión a lo hermoso del día, Bruno a lo hermosa que estoy. ¿En serio? ¿Con esta ropa? Y Giselle de milagro no pronuncia palabra, creo que al fin entendió que hoy sus comentarios no fueron los más certeros.

—Muchas gracias por el paseo. Como verás estábamos a pocas cuadras —expreso.

—Lo sé. De aquí salí rumbo a la cafetería. Cada metro contigo vale la pena —dice pícaro.

—¡Oh, lo olvidé por completo! —confieso sonrojada.

Bruno se aproxima.

—También te agradezco el desayuno y una vez más por rescatarme —expreso de forma entrecortada al sentir cómo se acelera mi pulso—. Nos vemos...

—¿Mañana? —Bruno prueba suerte.

—Si así lo quieres —señalo.

—No. Si tú lo quieres —exclama.

—¿Por qué no? —contesto.

—Entonces hasta mañana —cierra los ojos y sin prisa me da un beso en la mejilla—. Adiós, Giselle. Un gusto conocerte —se despide de mi amiga.

—Lo mismo digo —reconoce ella.

Vemos cómo se aleja.

—¡Amor, amor! —dice entonces Giselle y me abraza.

—¡Nada de eso! —me suelto—. ¡La que parece muy interesada eres tú!

—Sabes que estoy con Robert —contesta Giselle refiriéndose a un chico con el que salió en la secundaria y con el que de nuevo lo hace—, solo que es imposible estar junto a Bruno sin verse como una niñita tonta. Es muy, muy guapo, Emma tenía razón —confiesa al fin.

—Bueno, sí, es cierto —reconozco—. Pero, no sé, hay algo que da vueltas en mi interior.

—Sofía, no me digas que se trata de Lucas. Tienes que superarlo.

—No es eso. Es decir, sigo sintiendo como si faltara la otra mitad de mi yo, lo sigo extrañando mucho. No sé cómo decirlo; esta vez no se trata de Lucas. Pensé que al ver a Bruno esa sensación de soledad desaparecería. Que era a él a quien necesitaba recordar, encontrar. Digo, es lindo, inteligente y atento.

—Ay, Sofí —Giselle me abraza—. Tengo que ir a la guardería, hablamos después. ¿Sí?

—¡Claro! Estoy bien. Ve —la animo al ver que le carcome la culpa por tener que partir justo cuando, cosa rara, expongo mis sentimientos de forma serena y directa.

—¿Hola? ¡Llegué! ¿Hay alguien en casa? —saludo de forma general al entrar.

No hay respuesta.

—¿Hola? —pruebo una segunda vez.

Mis padres no están. Yo estaba segura de que mamá se encontraría en casa, a mi espera, tal vez con el termómetro en la mano y una planilla llena de preguntas y estadísticas o con el pobre doctor Soto haciendo guardia.

Subo a mi dormitorio. Me tumbo en la cama, estoy cansada, la pésima noche que tuve me pasa factura. Siento que mi respiración está caliente, toco mis mejillas en busca de fiebre y sé que me sofoco por dentro, de igual manera me levanto y abro la ventana al tratar de aliviar mi interior. Respiro profundo el aire que entra cargado de olor a lavanda y rememoro los sucesos de anoche, por eso me acerco al espejo que ayer casi me mata del susto y hoy, como todos los otros días, parece inofensivo.

—Qué extraño —recapacito—, la visión que tuve, o la pesadilla, parecía tan real que juraría que fue verdad —me digo cuando me miro al espejo.

Resignada a la idea de no conseguir ninguna pista que le proporcione sentido a lo acontecido ayer, voy al clóset y cojo un vestido bien fresco, me cambio y la ropa que llevaba puesta la dejo sobre la cama. Tomo asiento en la silla del escritorio, arranco la hoja de un cuaderno y cojo un lápiz, es que pretendo organizar mi semana.

—Ok, primero debo hablar con Jennifer y comprobar que todo esté bien entre nosotras, después, después —muerdo el lápiz, miro la pared—. Después tengo que buscar, algo, emm, importante —vuelvo a morder el lápiz.

Imposible concentrarme.

Me levanto, camino hasta la cama, doblo y guardo la ropa, es que quiero evitar que mamá me regañe y, así mismo, darle tiempo a mi cabeza a que se organice. Mientras tanto, llego a la conclusión de que a mi impresión de soledad le doy más importancia de la que se merece. Lo más probable es que esté ligada al desmayo. ¿O el desmayo fue por ella? Y lo que dijo mamá del estrés causado por la fiesta de compromiso, ¿por culpa de Lucas?

No.

¿O sí?

Una vez más voy hasta el cuaderno y de forma automática comienzo a escribir. Lo hago rápido y absorta en los movimientos de la mano:

«Busqué pedazos de ti en otros porque pensé que no te encontraría. Siempre fuiste una esperanza mal dibujada en mi mente...».

Tomo la llave de mi auto: un Lexus Sedan color plata. No puedo continuar con tantas incógnitas dentro de mí, me da la impresión de que me ahogo en ellas. Antes de cruzar la puerta de la cochera dejo un mensaje a mamá diciéndole que pasaré por la casa de Jennifer, que no se preocupe, que volveré antes del almuerzo. Es que no puedo contarle que a la que voy es a la casa de Mara, no con lo preocupada que la noté hoy.

Me disgusta mentirle, pero necesito esclarecer mis ideas, al menos una de las tantas que me acosan. O por lo menos intentarlo.

Mara abre la puerta y se le ilumina el semblante (como ocurre en cada una de mis visitas). Nos abrazamos. Estoy segura de que —además de recordarle a Lucas— me tiene un cariño especial, como el de una madre a una hija.

La blusa que lleva puesta está arrugada, el pantalón tiene una mancha a un costado, pareciera que se trata de salsa de tomate. No lleva maquillaje y el cabello lo tiene recogido en una cola de caballo.

—Pasa —invita Mara y coloca su mano en mi espalda.

Me da tanto gusto verla. Mara es, o fue, no sé cómo expresarme. No sé en qué tiempo conjugar a una madre a la que la vida le ha arrebatado su único hijo.

Lo cierto es que recuerdo el cariño con el que Mara miraba a Lucas, cuán atenta se mostraba con lo relacionado a sus estudios, a sus *hobbies*, a sus amistades. También los sabios consejos con los que lo tranquilizaba luego de un día duro. Me rompe el corazón ser consciente de que no se los volverá a dar.

Al entrar me parece ver que la foto de Lucas que por años

estuvo en el recibidor de la casa fue reemplazada por una donde aparezco con él cuando fuimos a esquiar a Bariloche. No puede ser. Me detengo a comprobar si no estoy equivocada.

—¡Qué sorpresa! —exclamo al levantar el portarretrato—. Pensé que nunca la cambiarías.

Mara me mira sin entender a qué me refiero. Por eso dice:

—¿Que no cambiaría qué, Sofi?

—La foto de Lucas —le especifico entonces y recuerdo que, en la misma, Lucas está sonriendo de una forma tan sincera, tan bella.

Solo por un segundo más la expresión en la cara de Mara demuestra desconcierto, pero al comprender de qué hablo, casi me lo arranca de las manos.

—¡Tuvo que ser Gladys! —afirma enfadada—. ¡Sabes que jamás lo haría! ¡Sabes cuánto significa esa foto para mí! —confiesa Mara.

Gladys es la señora de la limpieza que viene dos veces por semana. Es cierto que hace varios años trabaja con ellos, sin embargo dudo que se atreviera a cambiar aquella fotografía. Es la última tomada a Lucas antes de que muriera.

—Lo sé —murmuro.

Mara apoya el portarretrato y me invita a sentar en la galería del patio trasero. Un grupo de garzas blancas como la nieve de nuestra foto con Lucas se entretiene al borde del lago. De reojo, camino a la galería, evalúo el estado de ánimo de esta pobre madre y compruebo que hace un gran esfuerzo por superar el profundo dolor de su pérdida. Por lo menos las manos le han dejado de temblar, pienso.

—Mamá me ha dicho que llamaste esta mañana, que querías saber cómo estaba —comienzo a decir.

—Sí, cariño. Me preocupé mucho cuando la señora Turner...

—¿La vecina, la de la casa de la derecha? —quiero saber.

—La misma —afirma—. Esta mañana cuando fui por el correo me contó que te desmayaste y que un joven te llevó a la casa.

—Sí, es verdad. ¿Cómo es que todo el vecindario se enteró tan

rápido de lo ocurrido? —pregunto de forma retórica. No deja de sorprenderme ese hecho.

Mara ríe y para mi sorpresa me lo explica:

—Pues, no es que Emma, tu mamá, haya recibido la noticia tan tranquila. Creo que corría de esquina a esquina y gritaba a Dios que la ayudara —informa jocosa, enseguida baja la cabeza y suspira. Cuando la levanta, lágrimas brillan en sus ojos—. No hace falta que te explique este repentino cambio de humor. ¿No es así, Sofi?

—No —respondo casi en una exhalación.

La alegría que sentí por ella hace minutos se desvanece. Pero bueno. ¿Qué esperaba?

Recuerdo a Mara en el funeral de Lucas: devastada, rendida, sin fuerzas para mantenerse en pie. Ante tan triste recuerdo también mis ojos se llenan de lágrimas y la abrazo.

—Cuando mis padres me vieron desmayada llamaron al doctor Soto, un amigo de la familia.

—Carlos, por supuesto, lo conozco —exclama Mara y agrega:—; además de un excelente médico, es una gran persona.

—Pues, él dijo, y mis padres están de acuerdo, que piensa que mi desmayo y leve pérdida de memoria se deben a que mi cuerpo y mente no soportaron la angustia y la presión de asistir a una fiesta de compromiso. ¿Qué crees tú? —deseo conocer su opinión.

Mara no me contesta de inmediato, primero lo piensa con detenimiento.

—Es muy probable, sí. Es un sueño que mi hijo y tú compartirían y el enfrentarte a la realidad de que... de que... ya no sucederá, es muy difícil —Mara se seca las lágrimas.

Me siento fatal por haber venido a preguntarle qué piensa ella. Nada más que el no saber si esa es la causa del desmayo, del olvido, de la prueba de sangre y el electroencefalograma me están volviendo loca.

—Solo que la última vez que estuviste aquí con Giselle te vi muy repuesta. Alegre, me atrevería a decir. Incluso me diste ánimo con hermosas palabras —me sorprende Mara al añadir.

—¿Sí? —cuestiono un tanto incrédula.
—Sí —asegura—. Y, Sofi —enfrenta su mirada a la mía—, no
regreses a esas épocas, cariño. No son buenas para nadie.